

Eugenesia y utopía¹

Antonello la Vergata

1. El concepto

El término “eugenesia” (*eugenics*) fue introducido en 1883 por Francis Galton (1822-1911), viajero, naturalista, antropólogo, inventor, estudioso de estadística y de la herencia (y primo de Charles Darwin), para indicar el “cultivo de la raza”, esto es, el estudio de las “condiciones bajo las cuales son producidos hombres de un tipo superior”, o bien, más extensamente, “la ciencia de la mejora de la cepa, que no se limita a las cuestiones del apareamiento juicioso, sino que toma en consideración todas las influencias que tienden, en algún grado y por remoto que sea, a dar a las razas o linajes (*strains*) más idóneos (*suitable*) una mayor probabilidad de prevalecer sobre los menos idóneos de la que tendrían de otra manera” (Galton, 1883: 24-25, 44).² Previamente, Galton había usado el término “viricultura” (*viriculture*), que en este momento le parecía menos claro y general (Galton, 1873: 119).³ Una “National Eugenics” habría debido estudiar las “influencias controlables socialmente de las que depende la condición de la nación.” Cuando, en 1904, la Universidad de Londres instituyó una “Research Fellowship in National Eugenics”, gracias a una donación de Galton, la disciplina fue definida como “el estudio de los agentes que, bajo control social, pueden mejorar o empeorar las cualidades raciales de las generaciones futuras, tanto física como mentalmente” (Pearson, 1930: IIIA, 222).⁴

El propósito de Galton no era tanto liberar a la humanidad de las enfermedades y de las taras hereditarias, como criar una raza superior mediante una selección similar a la practicada por los horticultores, fomentando la reproducción de los individuos mejores y desalentando la de los individuos dotados de menor “valor social” (*civic worth*). Galton compartía con muchos de sus contemporáneos la preocupación por la notable disminución de la natalidad de las clases consideradas superiores (profesionales, artistas, científicos, políticos, enseñantes) y por el aumento de la fecundidad de los tipos

¹ Traducido por María Ángeles Pérez Edo y Sivia Betti.

² La primera exposición de las ideas eugénicas de Galton, pero no el término, se encuentra en Galton 1865. *Hereditary Talent and Character*, “Macmillan’s Magazine”, 12, 1865, pp 157-166, 318-327.

³ Sobre la historia del término véase Pearson, 1930: IIIA, 221.

⁴ Como se puede ver, “racial” es aquí sinónimo de “nacional”. Los dos términos eran habitualmente intercambiables, con todas las ambigüedades que inevitablemente se derivaban de ello, no sólo en Galton, sino en la mayor parte de sus contemporáneos.

humanos menos adecuados, menos juiciosos, prudentes y morigerados: una preocupación que se convirtió rápidamente en un verdadero síndrome colectivo (Pick, 1989): al contrario de lo que sucedía en la naturaleza, los más adaptados no eran los más fecundos; y, así, sobre la raza, y probablemente sobre el conjunto de la civilización (occidental), ocurriría una catástrofe.

2. Una utopía y una religión

Galton era consciente de que en sus ideas había una vena utópica: “Let us then give reins to our fancy and imagine a Utopia –or a Laputa if you will”, escribió en una carta de 1864. En su Presidential Address del 11 agosto de 1891 a la División de Demografía del Séptimo Congreso Internacional de Higiene y Demografía, expresó la esperanza de poder “elevar gradualmente el nivel, actualmente miserable, de la raza humana a uno en el cual las utopías de los países soñados por los filántropos se convirtieran en posibilidades prácticas” (Pearson, 1930: IIIA, 222). Llegará un día, dijo también, en el que el valor de un niño futuro “será calculado por un estadístico, e incluso la cifra óptima que conviene gastar para favorecer un número X de hijos” (Galton, 1909: 29). La vena utópica, y profética, fue acompañada del fervor religioso: “El hombre –escribió Galton- ha contribuido ya a la evolución de manera muy considerable, en parte inconscientemente y para satisfacer sus intereses personales; pero no ha madurado la convicción de que es su deber religioso contribuir de modo intencional y sistemático” (Galton, 1909: 304).⁵ La eugenesia “merece, con toda justicia, el nombre de religión” (Galton, 1894), más aún, “puede reivindicarse con firmeza su papel de religión ortodoxa del futuro, en tanto que colabora con la obra de la naturaleza, garantizando que la humanidad estará representada por las razas más sanas” (Galton, 1909: 42). Por tanto, es posible redimir a la humanidad del pecado original de su origen animal y conjurar el peligro mortal que afecta a su civilización, desde el momento en que la selección natural ya no ejerce su acción: hoy los tarados, los débiles y los incapaces ya no son eliminados, como sucede en la naturaleza, por una ley aparentemente cruel, pero, a la larga, benéfica. Otros⁶ habían subrayado ya el problema de la “supervivencia de los ineptos”, pero fue Galton el primero en proponer la necesidad de afrontarlo sistemáticamente. En las páginas de la

⁵ Pearson (1930: IIIA, 263) comenta: “Thus was the Darwinian doctrine raised by Galton to a religious creed”.

⁶ Como William Rathbone Greg y Ernst Haeckel.

Descent of Man (1871) dedicadas a la “acción de la selección natural en las naciones civilizadas”, Darwin suscribió tanto las preocupaciones como las esperanzas de su primo. Otros darwinianos, aun reconociendo la existencia del problema, se mostraron más cautos. Por ejemplo, Thomas Henry Huxley, el principal defensor de Darwin en Inglaterra (abuelo del escritor Aldous y del biólogo Julian), dijo que, a falta de conocimientos ciertos sobre las leyes de la herencia y considerando la falibilidad humana, incluso el gobierno más justo y científico debería abstenerse de instaurar un “programa evolucionista con métodos propios de criadores de pichones” (*pigeon-fanciers polity*). Las características del buen ciudadano eran más difíciles de seleccionar que las de un buen becerro; por lo tanto, mejor desconfiar de ciertos “salvadores de la sociedad”: “No hay esperanza de que un individuo sea bastante inteligente como para elegir a los mejores (*to select the best*)” (Huxley, 1894: 21-23, 34).

La predicación del nuevo credo fue acompañada de una crítica del cristianismo, acusado por Galton de haber olvidado la lección de la Grecia clásica, capaz, “gracias a un sistema de selección en parte ignorante, para construir una magnífica estirpe de animales humanos” (Galton, 1869: 340-341). Persiguiendo a los hombres más libres, imponiendo el celibato a los mejores, favoreciendo la proliferación de los peores, la iglesia (católica) se había comportado como un educador perverso, dedicado a producir una raza monstruosa de animales. Llegará el día en que “podrá proclamarse una ‘Jehad’, o Guerra santa contra las costumbres y los prejuicios que atentan contra las cualidades físicas y morales de nuestra raza” (Galton, 1907: 30). La manipulación de la herencia es la “vía principal” para la regeneración de la humanidad.

El celo religioso animó a muchos partidarios de la eugenesia. Por ejemplo, en el primer congreso internacional de eugenesia, que tuvo lugar en Londres en julio de 1912, Leonard Darwin, el hijo mayor de Charles, habló de la eugenesia, no sólo como de un “deber fundamental” y un sustituto de la religión, sino incluso como una “búsqueda del Grial”.⁷ En 1923, un eugenista americano afirmó que la eugenesia era simplemente la “extensión de la Regla de oro al protoplasma”; si Cristo hubiera vivido en el siglo XX, habría actualizado la máxima evangélica a la luz de la ciencia y habría dicho: “Haz a los nacidos y a los que no han nacido todavía lo que quisieras que los nacidos y los que todavía no han nacido te hicieran a ti.” Otros descubrieron enseñanzas eugenésicas en la

⁷ Texto del discurso en el “Times” (26 julio 1912).

misma Biblia: no en vano Cristo nació en una familia en la que culminó “un largo proceso de selección religiosa y moral”.⁸

No se trata de forzar el curso de la naturaleza, sino de secundarlo. El hombre, con su inteligencia, puede y debe asumir un papel consciente al desarrollar la gran obra de la evolución. La naturaleza procede de modo tortuoso, lento, antieconómico, cruel; produce, sí, formas siempre superiores, pero dando vida ciegamente a variedades innumerables y eliminando sin piedad a los individuos y razas inferiores. La extinción de las razas inferiores y su sustitución por razas superiores, más eficientes y mejor adaptadas es ya una “forma muy misericordiosa” de eugenesia practicada por la naturaleza, puesto que disminuye la cantidad total de sufrimiento sobre la tierra. En efecto, sometida a la dura ley de la lucha por la existencia, una raza mal adaptada sufre inevitablemente, pero el sufrimiento desaparece si desaparece el sufridor. En consecuencia, es más piadoso evitar que los seres inferiores y destinados a sufrir se reproduzcan. Si el hombre maneja el proceso, se evitará mucho dolor inútil (Galton, 1883: 303-304, 307, 309). “Lo que la Naturaleza hizo de una forma ciega, lenta y cruel, puede hacerlo el hombre de manera lúcida, rápida y dulce” (Galton, 1909: 24-25).

También este modo de secundar la naturaleza asume tonos religiosos. En efecto, para desarrollar su cometido, el hombre debe renunciar al egoísmo y pensar, no en el individuo, sino en la raza. La religión de Galton será descrita por su principal seguidor, el matemático y estadístico Karl Pearson (1857-1936), como una suerte de “panteísmo” fundado sobre la idea de la “solidaridad de la naturaleza” mediante la continuidad del plasma germinal. El término “individualidad”, escribe Galton, “es, en efecto, un término que puede fácilmente engañar” (Galton, 1883: 333).

3. Control social de la reproducción

La eugenesia marcaba así el fin de la confianza en el *laissez faire* y en la tendencia de las dinámicas sociales a autorregularse. Para los eugenistas de cualquier orientación política era preciso intervenir directamente y muchos estaban dispuestos a sacrificar sobre el altar de la nación, de la raza o de la humanidad el dogma liberal de la sacralidad del individuo y de la no interferencia estatal en los asuntos privados. Es

⁸ El periodista Albert E. Wiggam in *The New Decalogue of Science* (1923) y el rabino Harry H. Mayer en 1926, cit. in Kevles, 1995: 59, 61.

indudable que las características físicas y mentales de una humanidad mejor, que Galton y sus seguidores querían difundir y reforzar, se parecían incluso demasiado a las de la raza y la clase a la que ellos pertenecían: eran las clases profesionales las depositarias del “talento” (literario, político, científico) y del “carácter” que debían constituir la base de la auspiciada “meritocracia conservadora” (Kevles, 1995: 9). Y es incluso demasiado fácil interpretar la eugenesia como una respuesta radical, y a menudo autoritaria, a las angustias de las clases amenazadas por la emergencia del proletariado urbano, del socialismo y de las masas extraeuropeas. Pearson sostendrá la necesidad de integrar la eugenesia nacional en una eugenesia internacional bajo el control de la Liga de las Naciones (Pearson, 1930: IIIA, 220).

Las ideas eugenésicas tuvieron una difusión enorme, pero el movimiento que resultó de ello no fue del todo homogéneo, ni por estrategia, ni por composición profesional o de disciplina, ni por orientación política, ni por las propuestas avanzadas. Ante todo, mientras algunos hicieron hincapié en la eugenesia “positiva”, es decir, en los procedimientos destinados a impulsar la reproducción de los mejores, otros lo hicieron en formas de eugenesia “negativa”, esto es, dirigidas a desalentar o impedir la reproducción de los menos adaptados. En el interior de esta distinción, que se presentó inusualmente de un modo nítido, se abrió otra entre los que apuntaban a la educación y los consejos, y los que consideraban necesarios procedimientos legislativos más o menos coercitivos. Además, el movimiento se entrelazó con otros, como los favorables a la educación sexual, a la protección de la maternidad y de la infancia, a la higiene pública. En general, se puede afirmar que se propusieron soluciones biomédicas a problemas sociales y políticos, biologizándolas y medicalizándolas (por ejemplo, recogiendo bajo la etiqueta de los “ineptos”, tanto a los afectados por enfermedades hereditarias, como a las víctimas de la industrialización, los marginados y, en suma, a los pertenecientes a lo que hoy, con términos no menos vagos, se llamaría el mundo del malestar social).

Es un error identificar la eugenesia con una parte política concreta, ya que se añadieron a ella personalidades de todas las orientaciones. Las ideas eugenésicas penetraron incluso en los círculos radicales ingleses (entre los más encendidos partidarios se encontraron algunos socialistas fabianos), entre los *progressivists* americanos, en la socialdemocracia alemana (y una parte, incluso, en el partido comunista alemán), entre los radicales franceses, en el variado mundo del feminismo, y

también entre exponentes de primera línea de las iglesias protestantes (mucho menos en el mundo católico, cuyas jerarquías opusieron siempre su rechazo, más tarde definitivo, con la encíclica *Casti connubii* (1930) de Pío XI). En la Unión Soviética se desarrolló la vertiente que intentó crear una eugenesia bolchevique; entre 1931 y 1939 (las fechas son importantes) estuvo activo en Moscú un instituto conjunto ruso-germánico de biología racial (Adams, 1990: 175-178; Proctor, 1988: 23).⁹ Un biólogo de simpatías socialistas como Alfred Grotjahn (1869-1931) combatió por la extensión de los cuidados médicos a toda la población, por la mejora del ambiente social y de la salud pública, pero propuso también el internamiento de un millón de “asociales tarados” en manicomios y la esterilización obligatoria de los individuos más peligrosos. Para muchos socialistas no marxistas, la eugenesia era una parte integrante de la planificación social, de la racionalización de la producción y de la construcción de una nueva humanidad; en una palabra, era la contribución de la biología a la solución global de la cuestión social.¹⁰ La verdadera y duradera democracia debía ser el punto de llegada de un largo proceso gestionado racionalmente, no un punto de partida fundado sobre la “vena sentimental” de la igualdad de los individuos y de las razas; podía, pues, realizarse sobre sólidas bases a través de la eugenesia y de la subordinación del individuo a las exigencias de la colectividad nacional presente y futura: una mayoría de ciudadanos biológicamente adecuados no se cuida ni del Estado ni del futuro de la humanidad. Y no debe creerse que la eugenesia implicara por sí racismo, antisemitismo y represión política. Antes del advenimiento del nazismo, la eugenesia alemana no tenía características sustancialmente diferentes de las de los otros países.¹¹ La Alemania nazi no fue el

⁹ Medidas eugenésicas – incluido un amplio programa de esterilizaciones – fueron parte en los años 1930 de la constitución del Welfare State en Suecia, Noruega, Finlandia y Dinamarca.

¹⁰ Pearson, socialista no marxista, hasta afirmó que Galton “desired to reach a socialistic state by breeding supermen for intellect [...] He wanted race-improvement in order that men might be good socialists in the highest sense” (Pearson, 1930: II, 119).

¹¹ También el mito ario fue un aspecto minoritario de la eugenesia alemana antes del nazismo. El mismo Alfred Ploetz (1860-1940), inventor del término *Rassenhygiene*, fundador de la Sociedad eugenésica alemana y del Archiv für Rassen-und Gesellschaftsbiologie” (1904), que privadamente anheló el establecimiento de una comunidad socialista germánica en América, expresó una valoración positiva de la contribución hebraica a la civilización: en 1895 avanzó hasta criticar a los antisemitas y hasta afirmar que, salvo un 5 por ciento, los hebreos eran más arios que semitas. Naturalmente, ningún eugenista, alemán o de otros países, dudaba de la superioridad del tipo humano blanco y de la inferioridad de los negros, pero esta forma de racismo era prácticamente endémica en la cultura de la época. Común a todos era, sin embargo, la aversión por el *laissez faire* y el liberalismo político, considerados disgenésicos, así como el intento de construir una nación sana, eficiente y potente. Por este motivo, ellos invocaban un gobierno fuerte y capaz de imponer reformas, cosa que puede explicar por qué muchos médicos y biólogos, antes simpatizantes del socialismo, terminaron por adherirse al nazismo. El septuagenario Pearson elogió la política racial de Hitler.

primer país con una legislación sobre esterilización obligatoria de los individuos tarados. Muchos Estados americanos la habían precedido ya (Kevles, 1995).¹²

La complejidad del movimiento eugenésico se debía también, como se ha señalado, a la falta de una teoría de la herencia generalmente aceptada por la comunidad científica. En la novela *Le Docteur Pascal* de Zola (1893), el protagonista da voz, bien a la esperanza faustiano-filantrópica de arrancar a la vida sus secretos para servirse de ellos con fines humanitarios (“la herencia hacía el mundo; de modo que, si uno hubiera podido conocerla y tomarla para disponer de ella, se habría hecho el mundo a su gusto”); bien a la incertidumbre del científico de la época, perdido entre teorías contrapuestas sobre la herencia y los hechos remisos a acogerse a las leyes. El doctor Pascal, inspirado en una confianza vitalista en la potencia y bondad de la vida, renunciará a su sueño y terminará creyendo que “es más grande y más sano dejar que la evolución se cumpla” (Zola, 1976: 82-85, 234-235). Es la misma fe vitalista que inspirará al antimalthusianismo patriótico de Zola en la novela *Fécondité* (1899). Muchos biólogos continuaron creyendo en la posibilidad de que los caracteres adquiridos por el individuo en el curso de su vida se transmitieran en cierta medida a las generaciones sucesivas. La creencia en la posibilidad de heredar los caracteres adquiridos (compartida por el mismo Darwin) resistió largamente también por motivos no directamente biológicos: atribuyendo un papel decisivo a la influencia directa del ambiente, aquella parecía alimentar una base científica a la esperanza de mejorar la calidad de los hombres mediante mejoras del ambiente y de las condiciones de vida. No por casualidad en Francia, donde la teoría de la selección natural encontró mucha resistencia entre los biólogos y donde se afianzó la influencia del neolamarckismo, la actividad de los eugenistas se dirigió fundamentalmente hacia programas de educación pública y de mejora de la sanidad, más que hacia formas de eugenesia negativa: a las generaciones futuras se contribuía mejorando la salud de los “ineptos”, más que impidiéndoles procrear. El antiguo problema de la *dépopulation*, percibido en Francia más que en cualquier otro lugar (hasta el punto de constituir un problema peculiarmente francés), se temía que pudiera verse agravado por medidas que en cierto modo corrían el riesgo de desanimar la natalidad. Pero no fue siempre así: algunos lamarckianos, tanto en Francia como fuera de ella, propusieron procedimientos eugenésicos no menos duros

¹² Ya en la República de Weimar se había avanzado propuestas anteriores de esterilización (voluntaria).

que los de sus colegas seleccionistas.¹³ El premio Nobel de Medicina Charles Richet (1850-1935), republicano y pacifista, creyó durante toda su vida en la herencia de los caracteres adquiridos, pero sostuvo la absoluta necesidad de practicar una *sélection humaine* y una eugenesia negativa intransigente, que debía impedir la mezcla racial, y preveía tanto la segregación como la esterilización o la eutanasia: “Si se suprimieran los troncos humanos (*culs-de-jatte*), los labios leporinos, los pies cabrinos, los polidáctilos, los hidrocefalos, los idiotas, los sordomudos, los raquíuticos, los cretinos (*crétins*), las sociedades humanas no perderían nada”. Richet soñaba con una sociedad futura en la que se hubieran formado por selección “élites intelectuales especiales” (esto es, especializadas cada una en un campo intelectual) homogéneas y cerradas. Este sueño, expuesto en un artículo de 1892 titulado “Dans cent ans”, estaba coronado por la producción de “una humanidad superior, una verdadera *surhumanité*” (Richet, 1913: 166; Béjin, 1996: 3694).

Antes de pasar a la segunda parte de esta comunicación, resumamos la primera. Incluso en medio de tanta diversidad, se pueden individualizar los motivos comunes a todas las variedades del movimiento eugenésico:

1. Fue un fenómeno mundial, en que adquirieron un papel decisivo prejuicios de clase y de raza.
2. Fue expresión del temor de la degeneración y de la creciente desconfianza en el *laissez-faire*.
3. Fue una tentativa de resolver mediante la biología problemas de la sociedad industrial y urbanizada; estos problemas fueron biologizados y medicalizados.
4. No hubiera sido posible de no existir una potente clase médica.
5. Penetró en todas las formaciones políticas.
6. Contenía una tendencia totalitaria.
7. Podía expresar, con las inevitables limitaciones de los conocimientos de la época, un genuino deseo filantrópico.

Los problemas biológicos que conllevó todavía existen entre nosotros, si bien agravados por las posibilidades abiertas por las nuevas tecnologías: ¿Es lícito permitir la

¹³ Un caso particularmente interesante es lo del biólogo inglés Ernest W. MacBride, que se valió del lamarckismo para justificar una biopolítica “de derecha” y la esterilización (Bowler, 1984).

reproducción y/o el nacimiento de las personas de las que se sabe con certeza (dentro de los límites humanos) que son portadoras de enfermedades hereditarias mortales? Si el Estado debe ocuparse de la salud de los ciudadanos, asegurando a todos vacunaciones, profilaxis, higiene pública, asistencia médica, ¿no tiene, también, la obligación de ocuparse del mismo modo de las generaciones futuras? ¿Dónde poner el límite entre el respeto al individuo y la tutela de la colectividad?

4. Utopías realizables

Con el paso del tiempo, la vena utópica de la eugenesia pasó a un segundo plano respecto a la importancia dada a un proyecto biomédico, inspirado en una “lógica tecnocrática, dirigente”, unida a la idea de que el poder político resulta esencial para la gestión racional de la calidad de la vida y de la dinámica demográfica (Weiss, 1990: 11). En la era del taylorismo y del fordismo, esta lógica no tenía nada de utópico. La desconfianza en el *laissez faire* y en la autorregulación providencial de la sociedad, la convicción de que el hombre no debiera ya tanto forjar la sociedad conforme a las leyes de la naturaleza, como servirse de ellas para hacer, eso sí, que la naturaleza produjera aquello que espontáneamente no lograba producir alimentaron la idea de la subordinación del individuo a instancias superiores (clase, nación, raza o humanidad) y una tendencia intrínsecamente totalitaria al control social de la reproducción. Para sus partidarios, la eugenesia era la respuesta científica a un peligro percibido como real, y aparecía como un remedio absolutamente practicable, una vez superada la oposición moral y persuadida la opinión pública y los gobiernos. La fuerza de la clase médica y el prestigio de la ciencia acentuaron la tendencia a la biologización y a la medicalización de los problemas sociales, que parecían finalmente tratables de un modo objetivo. Simétricamente, los adversarios vieron en la eugenesia, por usar las palabras de G. K. Chesterton, una manifestación de la “manía moderna” de la “burocratización de la ciencia” y de la “organización total de la sociedad”.¹⁴

De este modo, cuando penetraron motivos eugenésicos en la literatura utópica, fueron usados, no para describir un mundo ideal o invertido, sino para llevar a las consecuencias extremas, pero lógicas, las tendencias ya claras del mundo actual y las posibilidades realizables gracias a la ciencia. Si de utopía se puede hablar en estos

¹⁴ Cuyo modelo de “Estado científicamente organizado” era la Prusia, “utopía realizada” y “ejemplo para todo el mundo” (Chesterton, 1922: I).

casos, se trata de utopías *realizables*, una vez dadas ciertas condiciones. El mismo Galton ofrece el ejemplo, en una novela ambientada en una comunidad muy británica, pero organizada según principios y ordenamientos eugenésicos. *Kantsaywhere* (éste es el título y el nombre del pueblo) se inició en la primavera de 1910 y, en diciembre del mismo año, se ofreció al editor Methuen, quien no mostró interés por la obra. Sabiéndose muy enfermo (moriría en 1911), Galton dispuso que el manuscrito se destruyera. Se encargó de ello su nieta, que, sin embargo, salvó algunas partes, que llegaron a manos de Pearson. Esas partes, las publicó en *Life, Letters and Labours of Francis Galton*. El valor literario de los fragmentos no es grande. La historia es un simple pretexto para describir la vida en Kantsaywhere a través de la narración – también ésta poco original- de un profesor de estadística. En Kantsaywhere un Eugenics College somete a toda la población a un examen severo (comprende valoraciones del pedigrí, medidas antropométricas, test físicos y mentales –entre las cuales, existen pruebas de canto, recitación de poesía y escritura sobre temas en torno a cuatro argumentos diversos) y atribuye a quien lo supera un diploma, que establece, con una puntuación, una gradación de “valor civil (*civic worth*)”. Los suspendidos no sufren consecuencias, “a condición de que no procreen hijos”. De otro modo, “la bondad de la sociedad se transformaría en una *severidad extrema*”. Para los menos aptos, el destino no es de color rosa: “se han creado colonias de trabajo para que los seres inferiores sean segregados en condiciones que no son onerosas, a no ser que deben trabajar duramente y respetar el celibato [...] A estos individuos se les considera personas desagradables y peligrosas para la sociedad, a causa de la certeza de que difundirían su especie, si no hubieran sido controladas”. Y viceversa, se alientan los matrimonios precoces entre los diplomados con las notas más altas. Con tal objetivo, se les ofrecen ocasiones para encontrarse y conocerse. La procreación está al servicio de la especie, no del individuo. Si, por una casualidad aciaga, siempre posible, de padres sanos y seleccionados nace un hijo deforme, la colectividad no les escatima compasión y consuelo, pero no les consiente reproducirse. El examen sirve también para destinar una parte de la población “a la clase más educada” y la otra “al grupo de los que tienen que trabajar duramente, sea en la ciudad o en el campo”. La reproducción de los “unfit” se considera un crimen contra el Estado, y es castigada en medida proporcional a la gravedad de la “unfitness”: las penas pueden ser “la desaprobación social, multas, incomunicación y el boicot, la deportación y la segregación durante toda su vida”. La misma severidad se usa en caso de “introducción de emigrados ineptos”. Se señala el ejemplo de América en la materia,

con la diferencia de que en Kantsaywhere el objetivo no es tanto “excluir a los pobres inmigrantes”, cuanto impedir la introducción de “seres constitucionalmente ineptos”. Estos son enviados de nuevo a su casa a sus expensas y, a menudo, a las de los armadores que los han transportado. Los habitantes de Kantsaywhere demuestran “indignación y horror” ante a todo lo que puede dañar la bondad de la raza (*stock*) y miran con esperanza el momento en que en su pueblo se desarrollará “una raza superior de hombre”. Ellos “ven la comunidad como una totalidad”, se sienten “una raza elegida con el fin de favorecer el progreso de la humanidad”, y no parecen pensar en otra cosa: “en sus conversaciones [...] desempeñan un rol muy importante las historia de familia y las perspectivas de las generaciones futuras”. Naturalmente, son bellos, aunque de una belleza que Galton no entra a valorar: “Las mujeres tienen las mismas formas imponentes [que las *Ore* en la *Aurora* de Guido Reni], sin ser pesadas, y parecen encarnar las madres llenas de promesas de una raza noble [...]. Los dos sexos son verdaderamente tales (*true to themselves*), siendo las mujeres absolutamente femeninas (y yo puedo añadir mamíferas) y los hombres absolutamente viriles” (Pearson, 1930: IIIA, 416, 418, 420, 422).

También en los escritos utópicos de Wells la eugenesia no es tanto la característica de un mundo fantástico, como el desarrollo lógico de las posibilidades ofrecidas ya en ese momento por la ciencia. El mundo futuro que se imagina es un mundo planificado. El mundo actual, que ahora es presa de la confusión, dará lugar, después de guerras, catástrofes o revoluciones, a una república mundial, un *World-State* socialista, pacífico, basado en los valores de una ética científica y organizado para la consecución de la máxima eficiencia en la lucha por la existencia: los individuos, finalmente libres de los obstáculos ahora contrapuestos a las desigualdades de oportunidades, serán todos dirigidos a la autorrealización, vivirán una vida plena y con muchos hijos (puesto que una vida sin hijos “es esencialmente un fracaso y una perversión”). El liberalismo y la “superstición del *laissez faire*” han marcado su tiempo (Wells, 1902: 105, 315). El darwinismo ha destruido la creencia en la igualdad de todos los hombres, pero también ha cancelado el mito del pecado original y liberado a la humanidad del pesimismo radical sobre las posibilidades de la naturaleza humana. Malthus ha demostrado que la superpoblación es la causa de todos los males, y ninguna sociedad puede prescindir del control de la natalidad (en esto, Wells iba contra la mayor parte de los eugenistas, que veían en la propaganda neomalthusiana un peligro que

agravaba la escasa natalidad de las clases más instruidas y sensibles al mensaje de la prudencia. El sexo será un asunto privado, “como el golf”, pero la procreación se sustraerá al azar y a la providencia, ya que será “not only a duty, but a service to the State” (Wells, 1908: 127), que lo someterá a reglas, y se hará cargo de los niños. El Estado del futuro favorecerá “la procreación de lo que es bueno, eficaz y bello para la humanidad” e impedirá la procreación de “seres indignos y serviles, de almas llenas de miedo y cobardes, de todo lo que es sucio y bestial en el alma, en el cuerpo o en las costumbres del hombre”. Lo contrario sería “lo más despreciable entre todos los pecados imaginables”. Los pocos individuos con enfermedades hereditarias e incurables que, no obstante, vinieran al mundo serían tolerados, pero, si fuera necesario, y si se descubriera indulgencia en el vicio, suprimidos. Los ciudadanos de la Nueva República tendrán, de hecho, un comportamiento más sano que el nuestro en sus enfrentamientos con la muerte, sea propia, sea ajena: “Ellos tendrán un ideal por el que valdría la pena matar”. El suicidio de los incurables se considerará un acto valiente y meritorio, y la supresión indolora de los criminales hereditarios, un acto más misericordioso que el encarcelamiento o que otras penas. “Será permitido vivir solamente a los que sean aptos para vivir en un ordenado Estado mundial”.

Los Utopistas de *A Modern Utopia* (1905) son (neo)malthusianos convencidos. El Estado no gestiona directamente la procreación, ni impone una selección, pero permite la procreación sólo a las parejas con un elevado nivel de salud y de instrucción. El matrimonio monógamo no se privilegia respecto a los otros. La sociedad está dividida en cuatro tipos de hombres: “Creativos” (*Poietic*), “Activos” (*Kinetic*), “Insignificantes” (*Dull*) y “Viles” (*Base*). No se trata de “clases hereditarias”, ni del fruto de alguna selección especial, porque “the intricate interplay of heredity is untraceable and incalculable” (Wells, 1905: 157). Las dos primeras clases son el “tejido viviente de la sociedad”; las otras dos no serían ni siquiera necesarias, ya que el trabajo está completamente mecanizado. Los criminales congénitos y los locos son confinados en islas remotas; naturalmente, no pueden tener hijos. La reproducción selectiva eliminará gradualmente a los “estúpidos” y a los “incompetentes”. A la cabeza del gobierno mundial están los “Samuráis”, una élite espiritual y moral que Wells parangona con los guardianes de Platón y con los Templarios. Éstos viven ascéticamente (se abstienen del tabaco, del alcohol y de la carne) en comunidades monásticas, cultivan la ciencia y la filosofía. Son un orden abierto, no hereditario, una

nobleza meritocrática, de la que todos pueden formar parte (incluso las mujeres): cualquiera puede convertirse en Samurái, si cumple con los requisitos, pero también puede descender hasta los Insignificantes y los Viles. La sociedad utópica no conoce la discriminación racial y permite la paridad real entre hombre y mujer. No es una Arcadia, sino una “civilización científica mecánica” (Wells, 1905: 89). Para su organización es necesario un “gran sistema de clasificación de la humanidad”, un ojo al que nada escapa, sin el cual ninguna utopía moderna es posible.

La novela *Men Like Gods* (1923) describe un estadio ulterior respecta a *Modern Utopia*. Ahora todos los hombres se han convertido en científicos, conocen mejor la herencia y se encaminan “hacia una humanidad más noble” (Wells, 1969: p. 95). Ya no hay necesidad de constricciones: todos viven tan bien que practican espontáneamente el *self-restraint*. El Estado interfiere en la vida sexual y matrimonial menos que todos los estados reales e imaginarios del pasado: se limita a hacerse cargo de los hijos ilegítimos y a impedir, incluso con la detención de los padres, la procreación llevada a cabo con la violación de las normas mínimas para la tutela de la prole. A esto se llega después de que una guerra planetaria ha inducido a los hombres a la razón y a revisar sus concepciones del Estado y de la vida social. En *The Shape of Things to Come* (1933), Wells deja brutalmente claro que el proceso no se ha completado con una vuelta colectiva a la cordura. Hacía falta modificar radicalmente los comportamientos: “inducir al individuo a dedicarse y conducir todas sus actividades hacia un único fin, es decir, al alcance y a la conservación de un progresivo socialismo universal”. Era una empresa gigantesca, que chocaba con la naturaleza humana, pero necesaria, si la humanidad no deseaba caer de nuevo en la barbarie y en la “casualidad animal”. Esta tarea fue asunto de una élite. “La Asociación del Estado Moderno (*Modern State Fellowship*) era un cuerpo competente encargado de imponer la propia idea de educación sobre el mundo entero. Tenía el propósito de representar la Nueva Humanidad. No aceptaba ningún compromiso. Se encargaba de la educación. Ningún otro tipo de escuela, ningún otro sistema de enseñanza había sido tolerado durante más de medio siglo. Jamás anteriormente el hombre había sido sometido a una tal disciplina y a una dirección tan rígida” (Wells, 1973: 401). Entre los medios usados, “se legalizaba la destrucción indolora de las monstruosidades y de las más horribles y lastimosas formas de individuos defectuosos, y también la esterilización de varios tipos que habrían transmitido tendencias sencillamente no deseables” (Wells, 1973: 398).

Control social (y/o estatal) de la reproducción: de esta forma, la eugenesia figurará en algunas distopías. En el *Brave New World* (1932) de Aldous Huxley (una obra escrita, no debe olvidarse, contra lo que el autor definía como “el horror de la utopía wellsiana”) (Kumar, 1994: XXXIV), como en la película *Gattaca*¹⁵ (1997) de Andrew Niccol, la reproducción sexual es sustituida por una ingeniería genética que destina para siempre al nascituro a la tarea que deberá desarrollar en una sociedad planificada y congelada, en la que, a cada rol le corresponde una constitución biológica. Las historias narradas en la novela y en la película son posibles porque en el mecanismo se producen errores no previstos, y los protagonistas nacen según los métodos tradicionales. La división del trabajo, rígida y total, que se describe en ellas, recuerda a la *República* de Platón (mencionada explícitamente por Wells) más que a *1984* de Orwell. Una jerarquía que ha sido posible gracias a la biología y a la tecnología, pero de cuyo origen social (¿una revolución?, ¿una guerra?, ¿la lucha de clases?, ¿la toma del poder por parte de una casta supranacional?) nada se dice, ni en la novela ni en la película. Pero se trata también de la realización del sueño de todos los patrones: disponer de mano de obra hecha a medida de los cometidos que debe desarrollar, y constitucionalmente incapaz de plantear reivindicaciones. Como escribía otro premio Nobel francés de Medicina, Alexis Carrel en su *best seller* eugenésico *L’homme, cet inconnu* (1935), “la felicidad de cada uno depende de su adaptación exacta a su tipo de trabajo” (Carrel, 1972: 433). Y sólo la biología podía garantizar esto, aunque fuese a costa de poner fin a la lucha darwiniana por la existencia y de silenciar la voz de la naturaleza, expresada a través del riesgo de la supervivencia del más apto.

5. Fancy y fuerza vital

Cualquier otra prospectiva se excluía para quien englobaba motivos eugenésicos en una concepción de la evolución como experimento infinito de una fuerza vital cósmica. En George Bernard Shaw, la reivindicación del carácter abierto, creativo e impredecible de la evolución tomó la forma de una crítica vitalista (similar a la desarrollada en su época por Samuel Butler) del darwinismo, considerado una doctrina falsa, mecanicista y fatalista, que había expulsado del mundo la esperanza y reforzado la

¹⁵ *Gattaca* es el nombre (derivado de los nombres de las bases –guanina, adenina, timina y citosina- que constituyen el ADN) del centro en el que, en un futuro próximo, los superhombres concebidos en probetas son adiestrados para desarrollar tareas superiores, de dirigentes o, como quisiera el protagonista, de astronautas.

fe en un cientifismo necio, banal y mortificante. En las comedias utopistas de Shaw, la eugenesia “no es un proyecto realizable, sino una profecía mística y un desafío moral” (Roppen, 1956: 363) del que Shaw se sirve tanto para dar forma literaria y religiosa a la predicación de su “metabiología trascendental”, como para hacer más aguda su crítica de las costumbres sexuales: es preciso separar, sostiene él, el deber biológico de la reproducción de la raza, de la maraña de las insulseces que constituye el matrimonio, una institución que pretende demasiado de las personas razonables. El matrimonio es sólo un expediente del que la “evolución creativa” o “Life Force” se vale para producir el mayor número posible de niños y asegurar los cuidados necesarios para ellos. En la sociedad actual, sin embargo, esto se transforma demasiado a menudo en un estorbo para la libre actuación de la fuerza vital. Es esta, no el cálculo o la sensatez, la que “echa a [los amantes más disparatados, incluso los peor dotados] en brazos del otro después de haber cruzado sus miradas” (Shaw, 2000: 161). Esta terminará por producir incluso al Superhombre, que, sin embargo, nacerá, no de un proyecto humano, sino cuando la fuerza vital que tiende incesantemente hacia las alturas culmine la empresa, después de infinitas tentativas dirigidas a ciegas. El superhombre debe nacer de mujer, no de proyectos políticos que dejan una mancha en la naturaleza, mancha que sólo se borra gracias a la raza y para la que las colmenas y los hormigueros son tan aceptables como las utopías. Ante la fuerza de la naturaleza, convertida en objetivo vital para el conjunto de la raza humana, cederán instituciones como el matrimonio y la propiedad, que hasta ahora han resistido todas las objeciones, porque no han amenazado nunca a la raza al completo, sino sólo a los individuos. Contra la fuerza de la vida, convertida por la raza en objetivo propio, ninguna institución resistirá. La fuerza vital, de hecho, actúa a través de la “voluntad inconsciente” y no es manipulable mediante la razón. Nuestros deseos producen efectos reales cuando se han vuelto tan consustanciales a nuestra esfera más profunda que ya no son perceptibles como tales o que sólo se sienten como instintos. En cuanto proyecto racional, por lo tanto, incluso la eugenesia está destinada a fracasar, como las planificaciones políticas que no son expresión de la fuerza vital. Lo que cuenta en la evolución, el lugar en que actúa la fuerza vital, es el residuo inexplorado e inexplorable del hombre, y esto se diluirá en cada selección. Así pues, hay que darse cuenta “de lo absurdo de criar (*breeding*) seres que tengan algunas cualidades particulares, como se crían gallos de pelea, galgos para carrera, o carneros por su carne”. La única eugenesia admisible es la que gestiona directamente, aunque a

través de infinitas pruebas y errores, por la fuerza vital que se expresa en el instinto reproductivo y en la atracción sexual.

“Estamos, por tanto, inducidos a concluir que, después de haber llevado la selección lo más lejos posible, repudiando de la lista de los progenitores elegibles a todas las personas que están desprovistas de interés, que no prometen, que están taradas y sin ninguna compensación, debemos encomendarnos aún más a la guía de la fantasía (*alias* Voz de la Naturaleza), tanto de los educadores como de los padres, por la superioridad del *ego* inconsciente que será la característica efectiva del Superhombre [...] Llegados a este punto, intuimos la importancia de dar a la fantasía el campo más vasto posible. Dividir la humanidad en muchos grupúsculos y limitar de una manera efectiva la selección del individuo al propio grupo significa rechazar al Superhombre durante milenios, si no para siempre. No sólo sería necesario fortalecer y adiestrar a cualquier persona como un posible progenitor, sino que no debería existir la posibilidad de un obstáculo a la selección natural, como la objeción de una condesa a un enterrador o de un duque a una ‘operaria’” (Shaw, 2000: 218).

Sería mejor que “el experimento del apareamiento” se probara sin condicionamientos sociales, incluso entre personas aparentemente incompatibles – y así será, ciertamente, cuando los prejuicios tengan menos peso -, pero tales tentativas no deben implicar el matrimonio, que supone un obstáculo para los padres y, mientras constituya “una condición indispensable del apareamiento, atrasará el acontecimiento del Superhombre de modo tan efectivo como la propiedad” (Shaw, 2000: 219). Los cruces entre individuos enfermos o defectuosos constituyen un bien, ya que generan una prole que será eliminada por la selección natural. Se trata, ciertamente, de una solución más costosa que la esterilización de los enfermos, pero tiene “la inmensa ventaja de que, en caso de que nuestras definiciones de sano y de enfermo estuvieran equivocadas (cosa que, en cierto sentido, es casi segura), el error será corregido por la experiencia, en lugar de ser confirmado por la evasión”. Pueden producirse también buenos resultados a partir de cruces entre personas que no podrían convivir por incompatibilidad, y una prueba a favor de esto es el hecho de que los mejores ciudadanos son hijos de matrimonios infelices. Es mejor que se intenten “experimentos de acoplamiento” entre personas

diferentes, y esto ocurrirá cuando los prejuicios tengan menos peso, pero, como se ha señalado, esto debe no implicar necesariamente el matrimonio, que perjudicaría la existencia de los padres y, en tanto sea “una” indispensable condición de emparejamiento, alejará el advenimiento del Superhombre, tanto como lo aleja la Propiedad, y será, del mismo modo, efectivamente modificado por la aspiración a alcanzarlo”. Se trata, en consecuencia, de escindir “la actual y necesaria asociación de matrimonio y apareamiento”. “El apareamiento es esencial sólo para la propagación de la raza; y apenas la necesidad suprema se satisfaga de modo distinto al matrimonio, el apareamiento, desde el punto de vista creativo establecido por la naturaleza, ya no será necesario para el matrimonio” (Shaw, 2000: 223-224, 225-226). Dejemos, pues, actuar a la naturaleza y a la vida, o a la imaginación (*fancy*) y a las mujeres, que oyen su voz. Ellas son las que buscan al padre para el hijo que la fuerza vital de procrear impone. “La evolución –dice Aloysia en *On the Rocks* (1933) – me aconseja casarme con este joven. Este sentimiento es la única guía que tengo del deseo de la evolución (*the evolutionary appetite*) [...] El deseo de la evolución. Aquello que quiere desarrollar la raza. Y esta es lo grande del casamiento, ¿verdad?” (Shaw, 1959: 61). “¡Un padre! ¡Un padre para el Superhombre!”, exclama Anne (reencarnación de Doña Ana), que a lo largo de toda la comedia *Man and Superman* (1901-1902) persigue a John Tanner (es decir, a Don Juan Tenorio), invirtiendo la historia de Don Juan. Y Don Juan/Tanner deberá entregarse: por lo demás, incluso él, en cuanto intelectual, es un agente de la evolución, pues “instintivamente devoto” de la fuerza vital que utiliza a la mujer para procrear al filósofo y al hombre de genio (no al artista, que compite con la mujer en el monopolio de la fuerza creativa), que se sirve de él para alcanzar la autoconciencia y volver así más eficaz, por más consciente, la propia acción. Él es el autor del *Revolutionist's Handbook*, que expone las ideas de Shaw sobre el matrimonio, la propiedad y el socialismo.

La importancia de la mujer irá disminuyendo en las obras sucesivas de Shaw, junto a una creciente desafección por la prospectiva eugenésica en cuanto tal. En *Back to Methuselah* (1921), la reconquista por parte de la humanidad (mediante un esfuerzo colectivo y prolongado de la voluntad) de una longevidad prácticamente equivalente a la inmortalidad a la que renunciaron Adán y Eva intencionadamente, viene acompañada, al final, por la reproducción sexual. En un futuro lejano, no sólo no existirá el matrimonio (hoy nadie se casaría ya si supiese que tendría que convivir con el cónyuge durante

centenares de años), sino que las relaciones sexuales no serán necesarias para perpetuar la raza: los niños nacerán de huevos, en los que se incubarán durante cuatro años; un vez nacidos, los “ancianos” (seres llenos de sabiduría y prácticamente asexuados) juzgarán si están adaptados para vivir, y suprimirán a los ineptos. La actividad sexual se reducirá a un juego adolescente. Después de cuatro años, el sexo perderá todo atractivo: se diluirá en los placeres del intelecto, tanto como para no alcanzar ya a comprender cómo se habría podido sentir atracción sexual. La superhumanidad será sólo intelecto.

The Simpleton of the Unexpected Isles (1934) describe el fracaso de un “experimento eugenésico”, completo, mediante poligamia, en una isla tropical del Pacífico entre una familia de seis progenitores (cuatro ingleses y dos orientales) con el intento de unir “la carne y el espíritu del Occidente con la carne y el espíritu del Oriente”. Los cuatro “*superchildren*” que nacen son guapísimos y sin prejuicios, pero estériles y sin conciencia, “algo que es esencial a un ser humano completo”. El día del Juicio, cuando el ángel anuncia que “las vidas que no tienen utilidad, no fin, desaparecerán”, ellos se esfuman inesperadamente en la nada. Los dos sacerdotes, un hombre y una mujer, que han concebido el experimento, reconocen el fracaso y abrazan la fe vitalista de Shaw en la imprevisibilidad y creatividad de la vida. De los dos, el hombre es el más pesimista: “La raza que llegará no será como ellos. Entretanto, nosotros debemos afrontar una verdad, esto es, que, cuando hemos querido producir la raza del futuro mezclando oriente con occidente, hemos combinado un enredo extraordinario. Somos unos fracasados. Desapareceremos.” Es la mujer, instrumento de la fuerza vital cósmica, la que trae la moral: “Dejad que la vida venga a nosotros”.

“Nosotros estamos en las Islas Imprevistas; y, en las Islas Imprevistas, todos los planes fracasan. Tanto mejor: los planes son como los rompecabezas para los niños: se apartan mucho antes de haber conseguido recolocar juntas todas las piezas. Existe todavía un millón de vidas por encima de todas las Utopías, de todos los Milenios y del remanente de los rompecabezas: yo soy una mujer y lo sé. Deja que los hombres se desesperen y se vuelvan cínicos y pesimistas porque en las Islas Imprevistas todos los pequeños proyectos fracasan: las mujeres no cederán nunca en su aferramiento a la vida. Nosotros no estamos aquí para realizar profecías ni para adaptarnos dentro de los rompecabezas, sino para luchar con la vida tal como ésta se presenta. Y ella no llega nunca como nosotros esperamos que venga.”

Prola comprende: “La Tierra de lo Previsto no existe. Las Islas Imprevistas son todo el mundo.” Prola continúa:

“Sí, si nuestros ingeniosos miraran tan lejos como para verlo. Yo te digo que esto es un mundo de milagros, no de rompecabezas. Para mí, cada día tiene que tener su milagro, y ningún hijo debe nacer como ha nacido otro hijo antes que él. Y para asistir al milagro de los hijos, yo soportaré el mal extremo y haré triunfar así la semilla del bien extremo [...] Cuando nuestros Imperios nos hayan conducido hasta la orilla de la destrucción, organizaremos los estados; pero nuestros planes nos conducirán de nuevo a las Islas Imprevistas. Haremos guerras porque sólo el esfuerzo de la guerra nos pone en situación de cambiar el mundo; pero los cambios que se producirán a partir de las guerras no serán nunca los cambios que nosotros creíamos que se producirían. Invocaremos a gritos la seguridad, como niños asustados; pero en las Islas Imprevistas no hay seguridad; y el porvenir pertenece a aquéllos que prefieren la sorpresa y el asombro a la seguridad. Yo, Prola, viviré y creceré porque la sorpresa y el asombro son el hábito de mi existencia, y la costumbre me ha matado. Haz que para mí cada día sea un día de asombro, y no temeré el día del Juicio. (*Es interrumpida por un trueno*) Silencio: no podéis dar miedo a Prola con un trueno del escenario. La fuente de la vida está en mí.” (Shaw, 1956: 92-94)

6. Conclusión

Concluyo con la moral de Prola, no porque la comparto, sino porque me permite realizar una reflexión, tanto sobre la eugenesia como sobre su presunto antídoto. Personalmente, no comparto ni el optimismo vitalista de Shaw ni los viejos, insoportables modos de decir “el mundo es bello porque es variado”, “toma la vida como viene”, y cosas semejantes. En estos últimos veo la persistencia de una necesidad de consuelo que puede conducir, sí, a la resignación virtuosa de Job, pero también, mucho más a menudo, a la aceptación de los males sociales. A la religion intervencionista de la eugenesia no se puede contraponer una religion de la sonrisa a cualquier precio. En el fondo, incluso si se obtienen resultados muy diversos, ambas son manifestaciones de una ilusión forzada. Contra ambas debería vacunarnos la conciencia de la imprevisibilidad, tanto de la evolución en general, como de la expresión individual de los genes y de sus combinaciones varias.

Bibliografia

- Adams, M.B. (1990), "Eugenics in Russia, 1900-1940", en M.B. Adams (comp.), *The Wellborn Science. Eugenics in Germany, France, Brazil, and Russia*, New York-Oxford, Oxford University Press.
- Béjin, A. (1996), « Charles Richet », en Tort, P. (comp.), *Dictionnaire du darwinisme et de l'évolution*, Paris, Presses Universitaires de France, vol. III, pp. 3691-3694.
- Bowler, P.J. (1984), "E.W. MacBride's Lamarckian Eugenics and Its Implications for the Social Construction of Scientific Knowledge", *Annals of Science*, 41, pp. 245-260 .
- Carrel, A. (1972), *L'homme, cet inconnu* (primera edición 1935), Paris, Plon.
- Chesterton, G.K. (1922), *Eugenics and Other Evils*, London, Cassell.
- Galton, F. (1869), *Hereditary Genius. An Inquiry into its Laws and Consequences*, London, Macmillan.
- Galton, F. (1873), "Hereditary Improvement", *Fraser's Magazine*, n.s., 8, 1873, pp. 116-130: 119).
- Galton, F. (1883), *Inquiries into Human faculty and Its Development*, London, Macmillan.
- Galton, F. (1894), "The Part of Religion in Human Evolution", *The National Review*, 23, pp. 755-763.
- Galton, F. (1907), *Probability, the Foundation of Eugenics*, Oxford, Clarendon Press.
- Galton, F. (1909), *Essays in Eugenics*, London, Eugenics Education Society.
- Huxley, T.H. (1894), *Evolution and Ethics. Prolegomena*, en Huxley, T.H., *Collected Essays*, IX: *Evolution and Ethics*, London, Macmillan.
- Kevles, D.J. (1995), *In the Name of Eugenics. Genetics and the Uses of Human Heredity*, Cambridge, Mass., Harvard University Press (primera edición 1985).
- Kumar, K. (1994), "Introduction", en Wells, H.G., *A Modern Utopia*, London, Dent.
- La Vergata, A. (2009), *Colpa di darwin? Razzismo, eugenetica, guerra e altri mali*, Torino, UTET.
- Pearson, K. (comp.), (1930), *Life, Letters and Labours of Galton*, London, 1930.
- Pick, D. (1989), *Faces of Degeneration. A European Disorder, c. 1848 – c. 1918*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Proctor, R. (1988), *Racial Hygiene. Medicine under the Nazis*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1988.
- Richet, C. (1913), *La sélection humaine*, Paris, Félix Alcan.
- Roppen, G. (1956), *Evolution and Poetic Belief. A Study of Some Victorian and Modern Writers*, Oslo, Oslo University Press; Oxford, Basil Blackwell.
- Shaw, G.B. (1956), *The Simpleton of the Unexpected Isles* (primera edición 1934), trad. it. de P. Ojetti, *Il Giudizio Universale*, en Shaw, G.B., *Il Giudizio Universale. I sei di Calais. La miliardaria*, Milano, Mondadori.
- Shaw, G.B. (1959), *On the Rocks. A Political Comedy* (primera edición 1933), trad. it. de P. Ojetti, *Sugli scogli*, in Shaw, G.B., *Troppo bello per essere vero. Sugli scogli*, Milano, Mondadori.
- Shaw, G.B. (2000), *Man and Superman. A Comedy and a Philosophy* (primera edición 1903), Harmondsworth, Penguin Books.
- Weiss, S.F. (1990), "The Race Hygiene Movement in Germany, 1904-1945", en Adams, M.B. (comp.), *The Wellborn Science Eugenics in Germany, France, Brazil, and Russia*, New York-Oxford, Oxford University Press.

Wells, H.G. (1902), *Anticipations of the Reaction of Mechanical and Scientific Progress upon Human Life and Thought*, London, Chapman.

Wells, H.G. (1908), *New Worlds for Old*, London, Constable.

Wells, H.G. (1969), *Men Like Gods* (primera edición 1923), Geneva, Heron Books.

Wells, H.G. (1973), *The Shape of Things to Come. The Ultimate Revolution* (primera edición 1933), London and New York, White Lion Publishers.

Wells, H.G. (1994), *A Modern Utopia* (primera edición 1905), London, Dent.

Zola, E. (1976), *Le Docteur Pascal* (primera edición 1893), Paris, Garnier-Flammarion.